

El lado Este del triángulo está compuesto por un conglomerado de países de incorporación relativamente reciente a la cultura europea que han sentido siempre un movimiento de atracción hacia las corrientes asiáticas. Con sentido profético, vaticinaba C. Kalergi en 1929<sup>1</sup> que de no llegarse a una Europa unida estos países caerían bajo el imperio de los soviets, como efectivamente ha sucedido.

La base del triángulo está formada por los países latinos y ante la disolución de Europa, el centrifugismo se ha manifestado en las propuestas renovadoras de un viejo sueño: el de un imperio latino-africano.

Todas estas tensiones son hechos que hay que tener en cuenta en la elaboración teórica de un futuro gran espacio europeo, teniendo siempre presente estas dos realidades:

1) Hoy, por la revolución de las comunicaciones, se ha creado una interdependencia mundial antes inexistente. Esto quiere decir, que nada de lo que sucede en el mundo es irrelevante para un país por lejano que se encuentre del lugar del suceso. Las consecuencias se transmiten como un movimiento ondulatorio cuya fuerza es imposible de prever. Por lo cual, incluso geográficamente, el europeísmo no es sino un paso más hacia la futura integración mundial.

2) Europa, y repetimos, no es una unidad geográfica, a diferencia de otros continentes su unidad no nos viene dada por la naturaleza. Es obra del hombre, y como tal, sólo mediante un esfuerzo continuo, sin desfallecimientos puede subsistir. En otro caso, caerá indefectiblemente en la órbita de los grandes poderes mundiales. Será la dispersión. Y esto impedirá a los europeos colaborar como fuerza viva en la futura ordenación mundial.

Ante la experiencia histórica siempre presente del mundo helénico, con su fraccionamiento político, y por las razones anteriormente apuntadas, creemos que el dilema que se nos plantea a los europeos es éste: unidad o disolución, es decir, la muerte de Europa o la muerte de los Estados nacionales europeos —no de las naciones— para dar vida a la nueva Europa.

## *EL GRAN ESPACIO EUROPEO*

La especulación de los intelectuales sobre este tema data ya de hace unos cuantos lustros. El problema consiste en definir los límites óptimos y posibles de una futura gran Europa.

(1) Heros on Saint. Coudenhove Kalergi fué el fundador del movimiento Paneuropa. Esta primera Asociación europeísta se llamaba "Unión Panaceuropea", y según su fundador era "un movimiento de masas, independiente de todos los partidos y cuyos fines eran conseguir, entre las naciones europeas, una "entente" política y económica y una misión aduanera". El Presidente de honor fué Aristide Briand, el célebre político francés, y su Presidente, el Conde R. N. Coudenhove Kalergi. El órgano de la Unión Paneuropea era la Revista "Paneuropa", que se publicaba en Viena. La obra fundamental de C. Kalergi es *Panaceuropa*, que fué traducida a varios idiomas.

No está de más el recordar aquí ciertos aspectos de las teorías de Mackinder, el geógrafo soldado británico, que fueron recogidas y potenciadas por Haushofer y la escuela de Munich en Z. f. G. Mackinder afirmaba que el dominio del mundo estaba reservado a aquella potencia que dominase el "área pivote", el corazón del continente isla, Eurasia. El área pivote quería significar el espacio central del continente eurasiático, dominado hoy por la Unión Soviética.

En el estado actual de la vida política internacional sólo es posible llegar a un equilibrio —garantía de seguridad— a base de grandes integraciones continentales. Eurasia sería, indudablemente, desde los puntos de vista económico y estratégico, la integración más potente.

Esta fué también la postura del geógrafo alemán Walter Schmidt que ya antes de la segunda guerra mundial configuraba como uno de los tres grandes sectores del mundo económico el espacio *euroafrosiático*, formado por toda Europa, las Rusias, Africa y el cercano Oriente.

Esta combinación resulta hoy irrealizable bajo los auspicios de las concepciones del mundo europeas.

En la configuración teórica del gran espacio europeo debemos de tener en cuenta tres factores:

- 1) El factor estratégico.
- 2) El factor cultural.
- 3) El factor económico.

Atendiendo al factor estratégico, la futura integración política ha de extender su poder sobre espacios lo suficientemente amplios para convertirse en potencia mundial de primer orden en el presente y permitir en el futuro un desarrollo paralelo al de las demás formaciones continentales. La decadencia a veces no es totalmente negativa, sino que se produce por un progreso lento en relación con el de los demás. Incluído en este aspecto podríamos también subrayar la necesidad de contigüidad en el espacio.

Considerando el factor cultural nos encontramos con la necesidad de renuncias y de luchas. Renuncias a los territorios de vieja civilización, inasimilables, y luchas por la recuperación de territorios que, aunque independientes políticamente del Este, culturalmente aún están alejados de Europa.

El factor económico es quizás el más arduo y más importante, pues de no ser tenido en cuenta, la inviabilidad de nuestra construcción teórica se haría patente aun antes de dar los primeros pasos.

En este último aspecto los alemanes trabajaron en la elaboración de la doctrina del "gran espacio económico supranacional", de lo que ellos llamaron el "Grossraumwirtschaft".

Según expuso Larraz en "Dos discursos sobre la unidad económica europea", Madrid 1949, "el concepto de gran espacio im-

plica esencialmente: a) la continuidad territorial, o por lo menos la proximidad territorial si se dan interferencias marítimas; b) la aproximación al equilibrio de la producción y del consumo, de los alimentos y primeras materias básicas en el interior del espacio. El área total del gran espacio depende, por tanto, de la masa de población que encierre y del grado de variedad productiva de tales elementos básicos en los territorios sobre los que viven e irradian los principales núcleos de esa población”.

Las grandes ventajas que se derivarían de la posibilidad de producción en gran escala, de la interiorización de mercados antes nacionales, moneda común, etc., no necesitan destacarse.

Lo característico de este gran espacio económico, óptimo en relación con las economías nacionales, se derivaría de un mayor acercamiento a la autarquía, de una aproximación al equilibrio en el interior del espacio, de la producción y del consumo de alimentos y primeras materias básicas, como señalaba Larraz en las conferencias antes citadas.

Teniendo en cuenta los obstáculos políticos, de enorme envergadura, en el momento presente, sólo es lícito especular sobre una *integración vertical eurafricana* que comprendería las siguientes zonas:

I.—Europa hasta el telón de acero:

1) La Europa A o Europa industrial, según terminología de Francis Delaisi<sup>2</sup>, es decir aquella que quedaría limitada por una línea que pasase aproximadamente por Estocolmo, frontera de Alemania occidental, Florencia, Barcelona y Bilbao, subiendo hacia Glasgow y llegando de nuevo a Estocolmo después de pasar por Bergen.

2) La Europa B o Europa agrícola, que ha quedado reducida al norte de Escandinavia, de Escocia e Irlanda, sur de España y de Italia y Grecia.

El telón de acero es, hoy por hoy, una típica frontera política artificial de rigidez imposible de conmovir. Los países europeos que encierca son nuestra Europa irredenta.

II.—Dentro de este gran espacio quedarían incluidos también los países del cercano Oriente y Norte de Africa. Los límites últimos podrían llegar a ser los del mundo musulmán. Hemos de tener en cuenta que respecto a estos países se impone el “pie de igualdad” en relación con los europeos en la integración política del gran espacio.

---

(2) FRANCIS DELAISI: “Les Deux Europes”, París, 1929. Esta obra tiene interés porque en la persona de su autor se funden el técnico y el economista. Frente a la competencia en el mercado americano y de Extremo Oriente preconiza la *vuelta a Europa*. La Europa B debe ser el mercado natural de la Europa A. Naturalmente, hoy debemos de tener en cuenta que la Europa B es mucho más reducida que en 1929, pues grandes zonas de ella caen detrás del telón de acero.

III.—El continente africano, como verdadero “far south” europeo, espacio a colonizar y destinado a servir de complemento a los núcleos geohistóricos más activos de Europa. Con respecto a los estados africanos hoy independientes, hacemos la misma reflexión que para los países del grupo anterior.

La fijación de este gran espacio es, por nuestra parte, un proyecto arbitrario en muchos aspectos, como todo proyecto. Los grandes obstáculos —de todo orden— que se oponen a su realización no son, sin embargo, objeciones que cierren el paso totalmente a su viabilidad.

Tampoco se nos escapa el obstáculo de mayor envergadura: Gran Bretaña. Su fuerte posición en Europa ha dependido históricamente del respaldo de su Imperio. Por su peculiar situación está en Europa y al mismo tiempo fuera de ella. No es de esperar que si la colaboración con las demás naciones europeas lo exigiese —aun en aras de una posible unidad— Gran Bretaña se resignase a la posibilidad de una ruptura con la Commonwealth. Viejo obstáculo ya previsto por Fried<sup>3</sup> en su construcción de un espacio eurafricano —teniendo en cuenta la posibilidad de la victoria alemana— que no incluía en tal espacio a la Gran Bretaña, por la imposibilidad de concebirla separada de sus antiguos dominios. Las demás dificultades, nacionalismo, problemas de reajuste de economías nacionales en el seno de una común, complicaciones en la estructuración política unitaria, el tiempo los irá disipando, si los europeos nos convencemos de la necesidad de unirnos para sobrevivir.

Decimos mal. No basta el deseo de sobrevivir. No es suficiente la mera pasividad. La historia de Europa es continuo mentis a esta postura fatalista. Europa se ha moldeado sobre el tipo del héroe, del vencedor de la naturaleza y de los hombres y sólo mediante esta tensión ha creado y mantenido su propia personalidad frente al amorfo continente asiático. Sólo un cansancio étnico, un fallo lamentable de la raza puede llevarnos a la decadencia total. Por ello no es hora de predicar abandonos ni defensas, sino nuevos proyectos y nuevas empresas. No nos basta con defender las fronteras de los estados occidentales europeos. Necesitamos la posibilidad de un marco adecuado —y ese es Africa— para el desenvolvimiento pleno de todas nuestras energías vitales, intelectuales y económicas.

---

(3) Hemos citado varias veces nombres de geopolíticos alemanes imbuídos de ideología nazi. Entiéndase bien que no coincidimos con ellos ni en sus tendencias totalitarias, ni en su determinismo geográfico. En todo caso Europa debe de respetar la variedad si quiere ser fiel a la esencia misma de su ser histórico. La posibilidad de ser “distinto” es la esencia misma del mundo europeo.